

CAPITULO IV.

MADRE DE MISERICORDIA.

20. *María es la Madre de los justos.*—La Iglesia, nuestra Madre, lector carísimo, como regida y gobernada por el Espíritu Santo, nos ha enseñado que todos sus hijos tenemos otra Madre, y que esta es la augusta Madre de Dios. María es la Madre de los redimidos, ya que Jesucristo es su Padre: María es la Madre de todo el género humano, porque todo él estaba contenido en la persona de Juan, cuando el Salvador la dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo:* y vuelto al discípulo: *Hé ahí á tu Madre.*

Que María es la Madre de los justos que trabajan con todo empeño en justificarse mas y mas, es una verdad que no repugna en lo mas mínimo, porque Jesucristo su Hijo es el Santo de los santos, y Juan era entre los Apóstoles el mas santo y el mas inocente. Con razon se muestra su Madre, porque ellos á porfía le manifiestan que son sus hijos: la adoran sin cesar, procuran extender su culto, desean tener mil y mil lenguas para alabarla; y forma el objeto de sus mayores complacencias el publicar su grandeza y su excelencia, su bondad y su misericordia, sus privilegios y prerogativas, y sobre todo, su inmenso amor para con los hombres. Pero afirmar que María es la Madre de los pecadores, tiene un no sé qué tan repugnante, que nos vemos obligados á hacer explicaciones especiales para que se comprenda bien, y tanto mas, cuanto que si son innumerables los que se salvan por la devoción á María, así quizás no son menos los pecados que se cometen por abusar de esta misma devoción.

21. *María no es la Madre del obstinado pecador.*—En efec-

to: tiene un no sé qué muy contradictorio considerar á María como la Madre de un pecador, porque si Ella es la dignísima Madre de un Dios tres veces Santo, evidentemente que no puede al mismo tiempo ser la Madre de un pecador obstinado. ¿Qué cosa mas repugnante que ver en María á la Madre de un quebrantador de la ley, de un blasfemo sacrilego, del que no santifica los dias festivos, del que rompe con la obediencia y veneración que debe á sus padres, del que hiere y aun intenta dar la muerte, del impúdico y deshonesto, del ladron, del calumniador y del mentiroso? ¡Cómo! ¿María Madre de semejantes monstruos? Con todo; esto quiere decir Madre de los pecadores. Luego hemos de tener por cierto que María no puede ser la Madre del que tiene voluntariamente semejantes pecados; ó lo que es lo mismo, María ni es, ni podrá ser jamas la Madre de un pecador que no quiere convertirse.

¿Cómo ha de tener á María por Madre aquel malvado que no quiere tener á Jesucristo por Padre? ¿Cómo ha de ser Madre del infame que renueva sin cesar los dolores de Jesus? ¿Cómo ha de ser Madre del escandaloso que le pierde muchas almas? ¿Cómo ha de ser Madre del sacrilego que le arrebató al Señor todo el honor y toda la gloria? En fin, ¿cómo ha de ser Madre del endurecido y del obstinado? No: jamas será María la Madre de los pecadores que no quieren convertirse, de los pecadores que quieren continuar en su pecado. ¡Cómo! María con una fe tan viva, ¿será la Madre del incrédulo? María, con una confianza ilimitada, ¿podrá ser la Madre del que desespera y muere como el traidor Judas? ¿Cómo podrá ser la Madre de aquel infame que se sirve de la bondad de Dios para pecar con mas libertad? Es la misma pureza, ¿Y será la Madre de un impúdico y deshonesto? Es la misma humildad, ¿y será la Madre del soberbio orgulloso? Concluyamos que el que no tiene á Jesucristo por Padre, jamas tendrá á María por Madre.

22. *Es la Madre del pecador arrepentido.*—A la manera que no hay duda que María Santísima es la Madre de todos los justos, así es igualmente cierto que lo es de todos los pecadores arrepentidos. Trasladémonos al origen de esta divina maternidad, y la encontraremos en el Monte Calvario. *Mujer*, dijo el Señor á María, *hé ahí á tu hijo*; como si dijera: tú eres la Madre de Juan y de todos los justos que son como el inocente Juan; y de todo el género humano, que está representado en su persona.

De lo dicho hasta aquí, resulta que María es la Madre de los justos, y que no es la Madre de los obstinados: mas como hay una gran parte de pecadores arrepentidos, resulta que María es su Madre, porque ellos estaban representados en la persona de Juan. ¡Oh, si supieras, lector carísimo, hasta qué punto es la Madre de todos los que quieren enmendarse! No hay cuidado ni solicitud que pueda compararse con el que emplea María en su favor. Ahora bien: ¿María es tu Madre? No te hagas ilusión; porque si es la Madre de los justos, no lo es de los que voluntariamente viven en el pecado; y si eres del número de estos últimos, tienes el deber imprescindible de abandonar todo pecado, so pena de prescindir de que María sea tu Madre.

Encuentro en la Escritura un pasaje que dice así: *Levantáronse los hijos*. Estos hijos son los hijos de María, es decir, unos pobres descendientes de Adán que estuvieron caídos en la culpa, hasta que saliendo de ella se levantaron, quedando desde entonces los hijos de tan buena Madre. De lo cual resulta lo mismo que estamos diciendo, es decir, que antes de ser hijos de María, es preciso levantarse de la culpa, y solo dado este paso, es lícito llamarse hijo de María.

Permíteme que, movido de un celo santo, te diga también: ¿Quieres que María sea tu Madre? Quiérela: quiérela bien; quiérela de modo que no destruyas con tus hechos lo que afir-

mas con tus palabras; quiérela cumpliendo todas tus obligaciones; y quiérela, en fin, imitándola en la práctica de sus más heroicas virtudes. Así, es María la verdadera Madre de los justos, y lo es también de los pecadores que arrepentidos de sus fatales excesos ya no quieran serlo: pero jamás lo será con relación á los que voluntariamente viven de asiento en el pecado. Y ¿cómo han de ser hijos de María semejantes endurecidos, siendo ellos malditos por Dios porque lo han ofendido y porque voluntariamente quieren continuar ofendiéndole? ¡Infelices! Son sumamente desgraciados, porque á María, que es la Madre de Dios, la hacen nuevamente la Madre de la miseria y del dolor. Alerta, pues, no sea que sobre este punto tan importante te hagas ilusión, y tanto más terrible cuanto que podía ser irreparable.

23. *Es la Madre del pecador que quiere arrepentirse.*—Sin duda alguna, lector carísimo, María es la Madre del pecador que verdaderamente quiere arrepentirse, así como no lo es de aquellos que quieren arrepentirse de sola boca, pero que con sus obras continúan ofendiendo á Dios. Aunque el pecador no haya salido del pecado, basta que ya no lo ame, y desde ese instante feliz, María ya es su Madre, porque este no amor al mal va acompañado de aborrecimiento y de un principio de amor á Dios; amor que manifiesta acudiendo á María. Yo puedo afirmar en nombre de María, que desde el instante que el pecador la busca, ya esta buena Madre le dispensa todos sus oficios amorosos que le hacen poner todo su conato en volver á Dios. María le auxilia para que acabe su obra, apesar de todas las baterías del infierno, y aun de hecho lo saca de la culpa: así es como esta buena Madre ostenta su poderoso patrocinio.

El pecador en las oraciones que dirige á María no merece la gracia que pide, es verdad, pero Ella le aplica una parte de sus

merecimientos, y así se hace apto para alcanzar la gracia del perdón: no la merece el pecador, es cierto, pero lo merece eficazmente María, que en aquel momento muestra que Ella es su Madre. Como es una verdad innegable que para que una alma se convierta necesita de la gracia de Dios, y si esta falta, no puede haber verdadera conversión, de ahí resulta que este acudir á María de que hablamos, no se entiende de una cosa natural, porque en este caso convendrán al pecador aquellas palabras del infame antioco, de quien dice la Escritura: *Oraba el malvado al Señor, pero con oraciones que no habían de darle la misericordia*, porque ya se había llenado el número de los pecados que Dios quiso sufrirle, y porque ya había abusado de todas las gracias que el Señor quiso señalarle.

Así de un modo semejante puede un cristiano acudir á María, pero de un modo natural: acudir á María, pero habiéndose llenado ya el número de los pecados: acudir á María, pero cuando ya no hay mas gracia: en este estado María no es la Madre de este infeliz, porque de hecho ya pesa sobre él la sentencia de su condenación. ¡Oh! pesa bien esta verdad, lector carísimo, no te hagas ilusión: sal del pecado en el día de hoy que tienes tiempo, porque mañana quizás te faltará; conviértete en este primer momento, porque en el segundo quizás te dirá el Señor: *Ya no hay tiempo*. • En una palabra: si ahora te conviertes, María es tu Madre, y deja de serlo, si obstinado no quieres convertirte á Dios.

Desengáñate: porque así como María jamás podrá ser la Madre de los demonios, así tampoco lo será jamás de los obstinados, y lo será siempre de aquellos venturosos que del centro de sus infidelidades se vuelven por fin á Dios. ¡Oh, si de una vez para siempre amaras á María! ¡Cómo no amarla, supuesto que te hace todos los oficios de la mas tierna Madre! María tiene dos hijos, á Jesus y á los pecadores: ¿y qué hace en favor de

estos? No consiente en que sean enemigos del primero, sino que emplea toda su eficacia para que se reconcilien con El. Ve María que los pobrecitos pecadores no están bien con su Hijo, y en este caso Ella no atiende á sus pecados, sino á la intención que tuvo su Hijo al constituirla la Madre del género humano. ¡Ah! es María tan buena Madre, que no se desdeña de vendar sus heridas, y no cesa hasta haberlos curado completamente.

La Santa Escritura nos demuestra con evidencia, que María es Madre de los pecadores mientras no están reprobados de Dios, es decir, mientras que no se ha llenado el número de sus pecados y de sus gracias; así como no puede ser la Madre ni de uno solo que sufra las consecuencias de la sentencia de reprobación. Dos ladrones están crucificados al lado de Jesucristo, y María debió empeñarse igualmente por ellos, y con todo su poder. A los dos les aplica la misma medida de su misericordia: por los dos intercede igualmente, y sin embargo, el uno se salva pero el otro se condena.

Dimas, con la gracia que le alcanzó la Santísima Virgen, conoce á Jesus, se arrepiente de haber pecado, ama á su Salvador, defiende su divinidad, desea su gloria, y en aquel mismo día la posee en cumplimiento de la sentencia de Jesucristo: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Al contrario el otro ladrón, apesar de los ruegos que hizo en su favor la Santísima Virgen, se obstinó en su maldad, porque ya había consumado el número de las gracias; y este infeliz desconoció á Jesus, lo aborreció, blasfemó de El y de su gloria, y en aquel mismo día bajó á los infiernos: tan cierto es que María es Madre de todos los cristianos, mientras no hayan consumado el número de gracias. Por tanto, lector carísimo, conviértete ahora que tienes gracia, no sea que mañana ya no la tengas.

24. *María siente los males del pecador como si fuesen suyos.*
—La doctrina que asegura que María siente como propios los

males de los pecadores, les descubre el resto de casi toda la infinidad de su amor en favor suyo. Y á la manera que aquella madre que tenia á su hija enferma, decia, sin embargo, á nuestro Señor, que tuviese piedad no de su hija sino de ella misma, porque los males de los hijos son los de las madres; así mismo se porta María con relacion á los pecadores. ¡Ah! ¿Qué ama, pues, quien á María no ama? ¿Qué oficios pueden compararse con los oficios que Ella nos hace? ¿Y habrá quien se atreva á ofenderla? ¿Habrà quien sea tibio en su amor? ¿Habrà quien no la ame con todo su corazon y con toda su alma? ¿Habrà quien no le jure un amor tan sin límites, que en lo sucesivo todo lo haga, todo lo emprenda, todo lo piense, y todo, todo *por el amor á María?*

Considerémosla patrocinando á los pecadores ante su Hijo, Juez de vivos y muertos, y la veremos que se porta como si dijera: *Señor mio, esta pobrecita alma que está en pecado es hija mia; tened, pues, piedad no tanto de ella sino de mí que soy su madre.*

¡Ah! los infelices pecadores mientras están en pecado no tienen derecho á gracia alguna; y todas las criaturas, las sensibles y las insensibles y aun las invisibles, tienen derecho sobre su salud y sus riquezas, sobre su bienestar y sus placeres, sobre su honor y su fama, y aun sobre su vida y su muerte. Pero afortunados los que tienen verdadera intencion de enmendarse, porque encuentran en María su mas tierna Madre: y afortunados tambien, porque habiendo Dios encomendado á María los pecadores, ciertamente que no condenará ni siquiera á uno de cuantos se acogen á su patrocinio.

¿Quién podrá explicar la bondad, el poder, la misericordia y el amor de María aun en favor del pecador mas miserable? ¡Ah! postrémonos, lector carísimo, á unas plantas tan solícitas que nos han de ser queridísimas: apremiémoslas con una ora-

cion tan continua como ferviente, y no nos apartemos hasta que nos bendiga esta dulcísima Madre nuestra. Digámosla llenos de confianza: Aunque me diere la muerte no me apartaré de María, porque sé de cierto que con Ella irremisiblemente seré salvo. Digámosle, en fin: Señora y Madre mia, yo no merezco por mis culpas que Vos seais mi Madre, pero arrepentido y confuso acudo á vuestra misericordia, y para mas obligaros, quiero deciros una y mil veces: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

25. *Devocion á esta Madre de misericordia.*—En la historia del judío Ratisbone hallarás una devocion verdadera á esta Madre de misericordia. Era un jóven en la flor de su edad, hermoso cual cándida azucena, rico en sí mismo y por una fortuna inmensa que habia heredado de un tio suyo, saludado por todos los placeres y diversiones que se le ofrecian á porfia, y viajando por Europa con la sola idea de saber y gozar.

Habiendo entrado en cierta iglesia, no por devocion alguna, sino por cierto compromiso, de un modo puramente mundano y con todo el odio que tienen los judíos á los cristianos, de repente se vió arrebatado. . . . y vió á la Santísima Virgen María segun como está en la medalla milagrosa. Y á la manera que Saulo, cuando en el camino de Damasco se le presentó Jesucristo, que mudándole instantánea y dulcemente el corazon, le obligó á decir: *Señor, qué queréis que haga;* así Ratisbone, asaltado por la aparicion de María Santísima, lo convirtió en un momento: dejó de ser judío, y en un instante quedó transformado en un fidelísimo devoto suyo. A vista de tanta misericordia, abandonó el mundo, entró en una de las religiones mas ajustadas, y con el mayor fervor trabajaba en hacerse santo. Así de un modo tan práctico debes ser devoto de esta Madre de misericordia.